

cuaderno nº 184 de celebración de los 20 años de *philosophie magazine*



Nuestras grandes preguntas

¿Estamos antes de una guerra?

[Michel Eltchaninoff](#), publicado el 04 de junio de 2026

Habíamos creído que los grandes conflictos entre Estados iban a desaparecer en provecho del «suave comercio». Sin embargo, la amenaza de un incendio no cesa de crecer. **Michel Eltchaninoff** se pregunta aquí si prepararse para la guerra no es ya hacerla.

Hay que estar «preparados para aceptar perder sus hijos» en la guerra. ¿Quién habría imaginado hace cinco años que un jefe del estado mayor de los ejércitos franceses pudiera pronunciar esta frase? El Primer ministro polaco Donald Tusk había afirmado desde el 2024 que «*la era pre-guerra*» ya había comenzado en Europa. ¿Habrà que tomar en serio estas advertencias? Luego de la invasión rusa de Ucrania en 2022, ha regresado al dominio de lo posible una gran guerra entre Estados en Europa. ¿Pero se ha vuelto segura? Algunos índices lo dejan pensar. El presupuesto de los ejércitos aumenta poderosamente en muchos países del mundo. 36 mil millones en gastos militares suplementarios acaban de ser aprobados por los diputados franceses. Los otros países no

se quedan atrás, puesto que el aumento en los gastos militares alcanza los 2²500 mil millones de euros <10.000²000.000'000.000 COP anuales> en el mundo, la mitad del total le corresponde a la China y a los EE. UU. de América. Los encargos a las industrias de armamento están a reventar. El acuerdo New Start entre los EE. UU. y Rusia sobre la limitación de las armas nucleares expiró a comienzos del años. El costo humano de las guerras actuales es aterrador: medio millón de muertos en Ucrania y en Rusia –la masacre más grande después de la Segunda Guerra mundial–, sin duda 70.000 muertos en Gaza. Y hay cantidad de conflictos asesinos de los que los *mass-media* poco hablan, las guerras civiles en Sudán o en Myanmar en particular. cuando los unos se preparan para la guerra, los otros ya están en ella.

En lo que concierne a los europeos, un hecho nuevo permite pensar que una guerra directa con Rusia no está del todo excluida. Donald Trump ya no garantiza la seguridad del Viejo Continente. Y en este punto se ha mantenido constante. Ya lo escribía en los años 1980. Y lo repitió cruelmente a lo largo de su campaña: *«No, yo no los voy a proteger. De hecho, animaré [a los rusos] a que hagan lo que quieran.»* En la actualidad comienza a retirar sus tropas. Frente a Rusia que ha hecho la guerra sin razón de ser, estamos solos – como lo estamos frente a las veleidades imperiales de la primera potencia mundial o a otros depredadores.

Incluso con los paraguas nucleares de Francia y Gran Bretaña, es evidente que no estamos preparados para afrontar una agresión militar a gran escala, ni dispuestos a sacrificar vidas en defensa de los estados bálticos o Moldavia. Tampoco estamos dispuestos a unirnos políticamente para ajustarnos el cinturón en nombre del rearme y defendernos de las acciones desestabilizadoras o los ataques híbridos que ya han comenzado. Rusia tiene una oportunidad única para lanzar una nueva agresión. ¿Debemos entonces admitir que estamos al borde de la guerra? Existen varias objeciones a esta hipótesis. Pero también, lamentablemente, algunos argumentos a favor.

¿1913, 1938, 2026?

Nuestra sociedad recuerda a la de los años treinta. La extrema derecha tiene posibilidades reales de llegar al poder. La sociedad está tan dividida que ya no dialoga, sino que se insulta mutuamente o vive en mundos paralelos. Los extremos del espectro político, por diversas razones —minimizar el peligro, un legado pacifista, el rechazo a la solidaridad europea—, se niegan a enfrentarse al poder que nos amenaza. El ambiente es inquietante, ansioso y tenso. Las dificultades de la vida cotidiana llevan a la gente a priorizar los problemas sociales y de seguridad. Otras tragedias y otros peligros preocupan a la población: conflictos en Oriente Medio o África, terrorismo, caos climático... Los líderes que más rápidamente advierten a sus conciudadanos del peligro son también los más impopulares. Si bien las declaraciones presidenciales y gubernamentales han perdido credibilidad en muchos temas, tienden a ser menos tenidas en cuenta en lo que respecta al riesgo de un conflicto a gran escala.

En esa misma línea, antes de la Segunda Guerra Mundial, pocos estaban dispuestos a "morir por Danzig". Algunos consideraban a la Unión Soviética más peligrosa que Hitler, o creían que la prioridad era derrocar la república parlamentaria. Además, a pesar de las transgresiones alemanas, la gente se sentía segura tras la Línea Maginot y estaba dispuesta a negociar con el régimen nazi. Como escribió el historiador Marc Bloch, autor de *Extraña derrota* (1940), en una carta a su hijo durante la divertida guerra: "A veces me siento como una babosa medio dormida junto a un seto tras el cual suceden muchas cosas" (22 de septiembre de 1939). Así pues, existen similitudes. Sin embargo, a pesar de estos parecidos, la historia nunca se repite exactamente. Y puede dar giros inesperados. Nada nos indica que las similitudes entre nuestra época y la del último período de preguerra nos enseñen algo sobre nuestro futuro inmediato.

Una ilusión retrospectiva

No solo es engañoso, sino que el término «antes de la guerra», por su naturaleza adivinatoria, conlleva una buena dosis de fantasía. Sin duda, no es casualidad que se acuñara en una obra conspirativa y antisemita. En 1913, el escritor maurrasiano Léon Daudet publicó *L'Avant-Guerre (la Pre-Guerra)*, un «estudio sobre el espionaje judeoalemán en Francia desde el caso Dreyfus». Que sepamos, este es el primer caso documentado de este concepto. Daudet pretendía demostrar que, para evitar la guerra, sería necesario erradicar a los agentes hostiles y sustituir el gobierno democrático por un poder monárquico capaz de «limitar el número de extranjeros». Por lo tanto, es posible tanto hacer una predicción acertada —pues la guerra estalló— como equivocarse sobre sus causas y los medios para prevenirla. Lo contrario también es posible. Esto exige cautela.

Los historiadores, por otro lado, tienen la ventaja de escribir después de los acontecimientos. Buscan comprender por qué las sociedades sienten, o no sienten, que se encuentran en el período de preguerra. Respecto a la Primera Guerra Mundial, las interpretaciones divergen. Para Christopher Clark en *The Sleepwalkers* (2013), la “mezcla caótica de promesas, amenazas, planes y predicciones” que caracterizó el período anterior a 1914 dificultó cualquier comprensión clara de una catástrofe inminente. Era difícil imaginar que todas las crisis de la época, particularmente en los Balcanes, convergerían en un sistema. Según otro historiador, Philipp Blom, en *The Vertigo Years* (2008), por el contrario, se pueden encontrar en la atmósfera de principios de siglo todos los ingredientes de lo que estaba por venir. Con el frenético crecimiento urbano, el culto a la velocidad, la violencia terrorista, el entretenimiento de masas, la igualdad de género, estallidos de irracionalismo, pero también una angustiosa sensación del fin del mundo, los europeos presentían que algo se avecinaba, estaba a punto de suceder, algo sobre lo que no tendrían control. Los novelistas, por su parte, describieron a la perfección las ansiedades y dudas de los últimos meses antes de la guerra. En *Verano de 1914 (Los Thibault III y IV)*, Roger Martin du Gard las plasma:

«En verdad, las cosas parecen avanzar muy rápido... Hosmer, al despedirse, me dijo textualmente: “Explícales claramente que, si dejamos que las cosas sigan así, en dos o tres meses Europa podría verse inmersa en una guerra general...”»

«¿Por el asesinato de un archiduque?», preguntó Richardley de nuevo.

«Un archiduque asesinado por serbios... por eslavos...», continuó Jacques, volviéndose hacia él. «Yo era como tú: completamente ajeno... Pero entonces, lo comprendí...»

Una vez más, se trata de una reflexión *a posteriori*. La diferencia es crucial, no solo porque es imposible predecir el futuro, sino también porque lo que esperamos o tememos, si finalmente se materializa, parece completamente nuevo y distinto de lo que habíamos imaginado. Bergson señala: «Por mucho que intente imaginar con detalle lo que me va a suceder, ¡cuán pobre, abstracta y esquemática es mi representación, comparada con el acontecimiento que realmente ocurre! La constatación trae consigo una nada impredecible que lo cambia todo» (*El pensamiento y el moviente*, 1930).

En última instancia, el período previo a la guerra solo puede ser relatado y racionalizado en retrospectiva. A menos que, por temor constante a una tormenta que nunca llega, pasemos por alto el hecho de que la guerra ya está aquí. Híbrida y permanente, la infame Tercera Guerra Mundial, al igual que la catástrofe climática, puede que ya haya comenzado. Una mariposa que aletea sobre el estrecho de Ormuz vacía nuestros bolsillos, los civiles huyen de los combates, los drones surcan el cielo, se cortan los cables, se roban datos digitales. Sin embargo, no sabemos usar un arma y seguimos viviendo como antes.

Si quieres la paz...

¿Por qué, entonces, hablar de preguerra? Sin duda, por razones preventivas. Afirmar que debemos estar preparados para sacrificar a nuestros hijos tiene precisamente como objetivo movilizar a la opinión pública. Si altos mandos y líderes políticos, que poseen información que nosotros no tenemos, declaran que la guerra es inminente, esto debería hacernos reflexionar y obligarnos a prepararnos. Los folletos que detallan las medidas a tomar en caso de un desastre nuclear, un ataque terrorista o un ataque convencional o nuclear, se distribuyen por toda Europa y cumplen este propósito. Desde el fin de la Guerra Fría, nos hemos dejado llevar por el ideal kantiano de la paz perpetua. Nos hemos convencido de que la democracia se extendería por todo el mundo. Debemos pasar página.

Convencidos de que los intereses pragmáticos guiaban a los líderes mundiales, muchos creyeron que Vladimir Putin no querría aislar a su país invadiendo Ucrania en nombre de un imperialismo obsoleto. Se equivocaron y permitieron que Rusia preparara y ejecutara la invasión, a pesar de que toda la información disponible revelaba la inminencia del ataque. Ya no debemos caer en la misma ilusión, especialmente ahora que Estados Unidos se está retirando. El Kremlin es quizás aún más peligroso y propenso a la escalada debido a su debilitamiento por sus fracasos militares y su debilidad económica. Nuestros líderes, por lo tanto, siguen fieles al viejo dicho de que "si quieres la paz, prepárate para la guerra".

La disuasión actual ya no se limita al ámbito nuclear. Si queremos impedir que nuestros adversarios avancen, es fundamental demostrarles que la población está preparada para resistir. Así fue en Ucrania. Así es en Taiwán. En Europa, la población debe cambiar su perspectiva y pasar de Kant a Heráclito. Slavoj Žižek, en el texto que nos envió (véase la página siguiente), explica lo mismo: para combatir la catástrofe inminente, primero debemos reconocer que es inevitable.

La pendiente de la guerra

Examinemos una hipótesis más inquietante. ¿Y si nos enfrentáramos a una profecía autocumplida, a una afirmación performativa? Decir que la guerra se acerca es introducirla en el ámbito de la probabilidad. Producir armas es caer en la tentación de usarlas. Adoptar la postura de alguien dispuesto a combatir es caer en ese papel. Otro pasaje de *Los Thibault* de Roger Martin du Gard lo expresa a la perfección: «Los demás, no digo que deseen la guerra: casi todos la temen. Pero se resignan a ella porque creen que es inevitable. ¡Y es la convicción más peligrosa que puede arraigarse en la mente de un estadista creer que la guerra es inevitable! Estas personas, en lugar de hacer todo lo posible por evitar la guerra, solo piensan en una cosa: aumentar, a cualquier precio, lo más rápido posible, sus posibilidades de victoria». Y toda la energía que podrían haber dedicado a defender la paz, ahora la emplean, como sus predecesores, para prepararse para la guerra.

¿Deberíamos entonces optar por la opción pacifista, negarnos a rearmarnos y negociar con Rusia? Eso sería olvidar una realidad casi trágica: cuando nos vemos amenazados, cuando nuestro espíritu de resistencia se pone a prueba, nos vemos obligados a prepararnos para defendernos. A menos que aceptemos la derrota. Y basta con que un Estado desee la guerra para arrastrar a los demás a su lógica. Esta es la tesis de Roger Caillois en *Bellone o la pendiente de la guerra* (1963). Según él, "todo lo posible es inevitable". No es que los líderes y las sociedades democráticas amen la guerra. Al contrario, hacen todo lo posible por evitarla. Pero cuando "los regímenes que están expresamente diseñados para un fin beligerante lideran el juego político, los demás se ven obligados a aceptar el desafío y seguir su ejemplo". Así, incluso los estadistas más pacíficos por naturaleza se ven llevados, contra su voluntad, a adoptar las mismas medidas que tomarían con entusiasmo si tuvieran la intención de armar a su país y prepararlo para la guerra. Para Roger Caillois, la guerra moderna comporta una «ley de escalada» que empuja a las naciones a enfrentarse entre sí «con todos sus recursos y hasta el límite de sus fuerzas». Así, los estados amenazados se ven obligados a adoptar una postura bélica.

El reto, entonces, reside en gestionar con éxito el periodo previo a la guerra. Esto implica no ser ingenuos ni temerarios como en 1914, no caer en el derrotismo ni la desunión antes incluso de combatir, como en 1939, y no dejarse llevar por una postura belicista. Es este periodo previo a la guerra, desprovisto de inocencia o complacencia, el que nos permitirá resistir las ambiciones de los nuevos imperios e incluso, por qué no, evitar la confrontación por completo. Pero el camino es estrecho. Requiere cohesión y un

mínimo de confianza en nuestros representantes. No es seguro que este sea el camino que se tome.

Traducido por Luis Alfonso Paláu, Envigado, co, junio 13 de 2026



Nuestras grandes preguntas

¡Apocalipsis no! Un texto inédito de Slavoj Žižek

Slavoj Žižek, publicado el 04 de junio de 2026

«¿Estamos en pre-guerra?» Le hemos hecho la misma pregunta al célebre filósofo esloveno **Slavoj Žižek** quien nos ha dado su respuesta en este texto. El único medio de evitar la catástrofe, es admitir que la guerra es inevitable.

¿Estamos en un estado de pre-guerra? Sin ninguna duda. Lo que complica aún más el cuadro, es que la amenaza de una guerra mundial se conjuga en la actualidad con otros dos peligros: la catástrofe ecológica y la dominación de la inteligencia artificial. ¿Cómo reaccionar ante una tal amenaza? Hay que comenzar por abandonar la postura pragmática llamada del «realismo», la idea según la cual tendríamos todavía toda una gama de elecciones a nuestra disposición. Por el contrario tenemos que aceptar simultáneamente dos proposiciones aparentemente contradictorias: una catástrofe global es necesaria, pues toda nuestra historia converge hacia ella, Y es necesario hacer todo para impedirla. Solo el porvenir, cuando llegue, nos dirá cual de estas dos necesidades fue actualizada.

Atraídos hacia el “punto cero”

Nuestro último horizonte es lo que Jean-Pierre Dupuy llama el «*punto fijo*» distópico: el punto cero de la guerra nuclear, del hundimiento ecológico, del caos económico y social global, etc. Incluso indefinidamente rechazado, ese punto cero sigue siendo el «atractor» virtual hacia el cual tiende espontáneamente nuestra realidad dejada a su suerte. La única manera de combatir la catástrofe futura consiste entonces en efectuar actos capaces de interrumpir esta deriva hacia el punto fijo. El imperativo ético y político es pues esencialmente negativo: la multiplicidad de las crisis contemporáneas muestra claramente que las cosas no pueden continuar como van. Ahora bien, nuestra manera de actuar tiene que ver con el riesgo y con la improvisación.

En una entrevista concedida en septiembre de 2023, el general ruso Alexandre Vladimirov, autor de una *Teoría general de la guerra*, describía uno de estos puntos fijos. Advirtió que la guerra nuclear es la salida «*inevitable*» de la invasión rusa de Ucrania. «*Para pasar al uso de las armas de destrucción masiva, sólo se necesita una cosa: una decisión política del Comandante supremo [Vladimir Poutine]*», declaró él. Según él, «*los objetivos de Rusia como los de Occidente son su supervivencia y su eternidad histórica. Y esto significa que en nombre de esa finalidad, todos los medios de lucha armada disponibles serán empleados, incluida el arma nuclear*». Y añade: «*Estoy seguro que el arma nuclear será utilizada en esta guerra – inevitablemente; ni nosotros ni el enemigo tenemos otra salida.*»

Sería absurdo no considerar las afirmaciones de Vladimirov como una simple amenaza estratégica ligada a la guerra de Ucrania. Incluso pensada como una intimidación, una tal lógica posee su dinámica propia, susceptible de empujar a los actores a llevar a cabo lo que al comienzo sólo pensaban como una amenaza. Aquí estamos más allá de la lógica de la MAD (*mutually assured destruction*, «destrucción mutua asegurada») que, durante la guerra fría, había precisamente permitido evitar la catástrofe nuclear: de acá en adelante la destrucción recíproca es presentada como inevitable. Cuando él invoca una invasión rusa de Ucrania en lugar de invocar una legítima defensa de Rusia, el general no discute ni siquiera la cuestión de saber quién es el culpable. Para él, estamos en el orden del Destino, en una lucha a muerte en la que interrogantes tan secundarios como «¿quién comenzó?» se vuelven insignificantes.

¿Qué hacer desde entonces en una tal situación? La posición ideológica dominante hoy es la de la negación: sabemos muy bien (qué es lo que hacemos ante amenazas catastróficas), pero a pesar de esto... (nos negamos a aceptar las consecuencias; la vida continua como si no hubiera pasado nada). Propongo otra fórmula: sabemos perfectamente que la situación es desesperada, que lo que nos espera es una catástrofe – pero a pesar de esto, debemos actuar con un compromiso total para impedirla.

Escrito sobre arena movediza

¿Cómo una estrategia tan aparentemente irracional podría funcionar? Porque el saber contenido en el «sabemos muy bien que» nunca es neutro: su objetividad está ya sesgada. Lo que «sabemos muy bien», lo que parece «evidente», lo que se da por sentado no está grabado en piedra sino que está escrito en arena movediza. Se trata de una opinión hegemónica socialmente construida, que enmascara sus propias fisuras y contradicciones con el fin de presentarse como inmutable. Nuestra tarea consiste precisamente en transformar este marco.

No se trata de producir hechos alternativos sino de deshacer el marco mismo que nos empuja a mantener ciertos hechos y a ignorar otros. Es por esto que acá no es asunto de una negación ordinaria sino de un acto valiente que consiste en tomar el riesgo de ignorar nuestras limitaciones aparentes. En una situación en la que el apocalipsis se perfila en el horizonte, es preciso mantener siempre en cuenta que la lógica ordinaria de la probabilidad no funciona ya más – lo que nos conduce nuevamente a Jean-Pierre Dupuy:

«El acontecimiento catastrófico está inscrito en el futuro como un destino, ciertamente, pero también como un accidente contingente [...]. Si un acontecimiento excepcional se produce –una catástrofe, por ejemplo– entonces no podía no producirse; sin embargo, mientras que no se haya producido no es inevitable. Es pues la actualización del acontecimiento –el hecho de que se haya dado– el que crea retroactivamente su necesidad.» Jean-Pierre Dupuy, *Petite Métaphysique des tsunamis*, 2005.

Según Jean-Pierre Dupuy, es igualmente así como hay que encarar la posibilidad de una catástrofe militar: no evaluando «de manera realista» su probabilidad, sino aceptándola como nuestro destino, como una cosa inevitable, con el fin de movilizarnos incluso a partir de esta aceptación, para efectuar el acto capaz de modificar el destino mismo y abrir así nuevas posibilidades en el seno de la situación.

En lugar de decir que el porvenir sigue abierto y que todavía tenemos el tiempo de actuar para impedir lo peor, hay que aceptar la catástrofe como inevitable. Luego actuar para deshacer ese destino.

Traducido por Luis Alfonso Paláu, Envigado, co, junio 21 de 2026
Solsticio de verano y día de la música



Nuestras grandes preguntas

¿Hacen las máquinas la historia?

Sven Ortoli, publicado el 04 de junio de 2026

De la máquina de vapor a las IA generativas, pasando por el telégrafo o por el smartphone, **Sven Ortoli** se pregunta si algunas tecnologías cambian nuestros modos de ser en el mundo.

En una de las secuencias más célebres de la historia del cine: un homínido hace de un fémur recogido del suelo un arma con la que le rompe el cráneo al dominante de la banda que disputa su punto de agua a la suya. Un logro posible gracias a la ayuda de un artefacto extraterrestre, un monolito negro cuyo simple contacto ha corto-circuitado el *tempo* de la evolución, acelerando la emergencia de sus capacidades cognitivas. Y todo esto acompañado de las trompetas del alba del *Así hablaba Zaratustra* de Richard Strauss. Los cinéfilos habrán reconocido la obertura de *2001, la Odisea del espacio*, cuando, en un resumen fulgurante —cuatro segundos por cuatro millones de años—, Stanley Kubrick esboza un linaje que conduce de la cachiporra al cohete. Magnífica elipsis que concentra una teoría de la historia de la que el humano está ausente. Esta narración no tiene rostro. Incluso si el espectador no ha hecho consciencia sí habrá llenado los vacíos: cuarenta siglos de una sucesión de objetos lo contemplan. El hueso llama al sílex, que llama a la lanza, que llama a la espada, al cañón, al V2... para llegar al satélite capaz de matar. Lo que el montaje permite imaginar no es tanto la evolución de la humanidad como la de las

prótesis que ella fabrica. Por lo demás, la verdadera protagonista de *2001* no es el hombre, es la máquina. Hal 9000, la IA qui vela la nave *Discovery One* y su tripulación. La película y la visión del mundo que ella vehicula no desembarcan en las pantallas de 1968 «*out of the blue*» como un *alien* surgido del fondo del océano cósmico. Está llevada por su época, la que padece los efectos secundarios del temblor de tierra que provocó en plena guerra fría el bip-bip de *Sputnik* en 1957 y del vuelo inaugural de Youri Gagarine cuatro años más tarde.

Mientras que Kubrick y el escritor Arthur C. Clarke camellan en el escenario de *2001*, un economista norteamericano, Robert L. Heilbroner publica en la revista *Technology and Culture* un artículo titulado «*Do Machines Make History?*» («¿Hacen las máquinas la historia?»). Como el ave fénix, esta pregunta no termina de ser planteada, criticada, barrida, pero renace siempre de sus cenizas. «*La idea de que las máquinas hacen la historia, anota el historiador estadounidense Merritt Roe Smith, es una creencia que ha penetrado la cultura americana desde el siglo XVIII, enraizada en el espíritu de la Ilustración se ha convertido en una especie de teología secular en la que el progreso tecnológico es indisociable del destino nacional.*» Creencia que es denunciada regularmente, de Martin Heidegger a Jacques Ellul, para quien «*todos lo sabemos, y todo el mundo está de acuerdo al respecto, que la maquina creó un medio inhumano*». O para Marshall McLuhan: «*Se podría decir que el hombre se ha vuelto el órgano sexual de la máquina.*» Como la abeja poliniza las flores sin saberlo, la humanidad serviría para la reproducción de los dispositivos técnicos. Creemos fabricar las máquinas pero en realidad lo que hacemos es permitir su proliferación. La causalidad se invierte. La técnica deja de ser un producto de la historia humana y se vuelve lo que se reproduce a través de nosotros.

El prehistoriador André Leroi-Gourhan plantea el asunto de otra manera: en *El Gesto y la Palabra*, escribe que «*el hombre es el único animal que ha logrado hacer pasar su evolución por fuera de su cuerpo*». La evolución biológica es lenta, ciega. La evolución técnica se exterioriza. La herramienta se vuelve memoria, transmisión, aceleración. El sílex, luego el hacha, después la máquina-herramienta, y ahora el ordenador: todos órganos que se han exteriorizado por fuera del cuerpo. La humanidad evoluciona menos anatómicamente que por medio de sus prótesis. El *cut* de Kubrick es una cuasi-ilustración de un mixto entre McLuhan & Leroi-Gourhan: entre el hueso y el satélite, no es el hombre el que cambia, sino el exoesqueleto técnico el que se hace más complejo. Y al hacer esto lo que afirma es un continuidad no solamente técnica sino histórica entre el hueso y el satélite.

El aceite en el motor de la historia

Por el contrario en esa visión que ha impregnado la Silicon Valley, cada nuevo artefacto convierte al precedente en obsoleto, impone su medio,

reconfigura las relaciones de fuerza. La humanidad no escoge para nada su mundo. Habita el que le hacen posible sus máquinas. Por esto la idea de que el motor de la historia podría muy bien ser no tanto la intención humana como la aparición de las nuevas tecnologías.

Para decirlo de manera contemporánea (y ansiosa), ¿será que el uso desenfrenado de las inteligencias artificiales (IA) generativas orientan nuestra historia y la de nuestros niños? La respuesta breve es sí, evidentemente, pero ¿significa esto que debemos considerar que el capitalismo utiliza las máquinas para moldear la historia, o que las máquinas utilizan al capitalismo como medio de su propagación? Tanto en un caso como en el otro hay una forma de teleología que rechazan antropólogos como Tim Ingold –las máquinas no hacen la historia puesto que somos nosotros los autores de nuestra propia deshumanización– o David Graeber, que sostiene un viento en contra de las narrativas deterministas. Lo que no impide, es cierto, que las mencionadas narrativas tengan la función de autorrealización, vista la potencia económica de los que las utilizan. Como el monolito de Kubrick, la caja negra que representa para nosotros la IA es un extraterrestre mudo que optimiza, selecciona, predice, pero no aclara nada. Salvo por supuesto si ella se elevara hacia una fantasmática inteligencia artificial general, en cuyo caso no aclararía nada sino que impondría. Todo sucede como si los amos del mundo de la «tecno» se sirviesen de este imaginario para desviar la atención de su exorbitante monopolio.

Traducido por Luis Alfonso Paláu, Envigado, co, junio 24 de 2026

Nuestras grandes preguntas

“La idea de un ‘progreso técnico’ supone que las máquinas conducen la historia”: entrevista con François Jarrige^{♦♦}

François Jarrige, conversación tenida con [Sven Ortoli](#), publicada el 04 de junio de 2026

Cuando se periodiza la historia humana en edades ligadas a la técnica – edad del bronce, del vapor, del átomo, de lo digital... –, ¿no se supone que la técnica conduce el mundo?

François Jarrige: Sin duda, pero hágase Ud. la pregunta: por ejemplo ¿la edad del vapor, fue cuándo? ¿En el siglo XIX? Se ha podido calcular que entre 1780 y 1880, Francia consumió más o menos 400 millones de toneladas de carbón. Lo que corresponde a 1.120 millones de toneladas de CO₂ lanzadas a la atmósfera, es decir lo que emitimos ahora ¡en tres años con nuestros consumos fósiles! Seguro que en Francia ya no consumimos carbón pero sí gas y petróleo. Pero carbón se sigue consumiendo en China, en Alemania, y en Colombia... Por consiguiente, la edad del vapor es todavía. Una central nuclear es una máquina de vapor que utiliza un combustible muy poderoso para hacer girar turbinas y lo que escapa por sus chimeneas es vapor de agua. Según su esquema se supone que se pasa de la edad del carbón a la del petróleo, luego a la edad nuclear siguiendo una lógica de transiciones sucesivas. Pero las dinámicas históricas no funcionan así, y es más bien la simbiosis de las materias la que domina: la edad

^{♦♦} < **François Jarrige** es un destacado historiador francés contemporáneo, profesor de la Universidad de Borgoña, especializado en historia social, del trabajo, de las técnicas y del medio ambiente. Es reconocido por sus aportes a la historia de las alternativas energéticas y la crítica al progreso técnico.

Sus obras principales y más destacadas incluyen:

- **Les Luddites: Bris de machines, économie politique et histoire** (2006) - En coautoría con Vincent Bourdeau y Julien Vincent. Analiza el movimiento ludista desde la perspectiva de la economía política.
- **Technocritiques. Du refus des machines à la contestation des technosciences** (2014). Un repaso histórico sobre los movimientos de resistencia a las máquinas y el rechazo al maquinismo.
- **La Contamination du monde. Une histoire des pollutions à l'âge industriel** (2017) - Escrito junto a Thomas Le Roux. Es una obra de referencia que analiza la historia política y social de la contaminación desde el siglo XVIII hasta nuestros días.
- **Face à la puissance. Une histoire des énergies alternatives à l'âge industriel** (2020). Coeditado con Alexis Vrignon, examina la historia de las fuentes de energía alternativas y su relación con la industrialización.
- **Verts de rage! Deux siècles de luttes environnementales en France** (2026). Un estudio detallado sobre dos siglos de historia de movimientos ecologistas y defensa ambiental en Francia. IA >

del petróleo, apenas es ahora. También estamos en la del carbón. En algunas partes se está en la de la nuclear. Esta sucesión mecanicista está ligada a una visión evolucionista de la historia que data de fines del siglo XIX. Es un fatalismo técnico según el cual el porvenir será mejor que el pasado, especialmente gracias a la multiplicación de las máquinas.

No estamos seguros que el futuro sea mejor, aunque en revancha, sí sabemos que ¡las máquinas se multiplican! Por eso la vieja pregunta siempre actual: ¿será que las máquinas hacen la historia?

El historiador que yo soy prefiere preguntarse primero: ¿a partir de cuándo esta cuestión se planteó en estos términos? Podríamos decir que, a partir del siglo XIX, dos posiciones un poco caricaturescas se afrontan: por un lado, los que piensan que las máquinas hacen la historia – por tanto que existe un determinismo de la técnica; y por el otro, los que piensan que las máquinas son artefactos neutros – por tanto que todo depende de la manera cómo una sociedad se apodera de ellas. ¿Es la técnica la que determina lo social, o lo social lo que determina la técnica?

Marx tiene el aire de zanjar cuando afirma que «*el molino de viento producirá la sociedad con el soberano; el molino de vapor, la sociedad con el capitalista industrial*». ¿Es así de simple?

Su pensamiento resulta de todas las reflexiones nacidas antes de él a propósito de lo que se llamó «la querella de las máquinas», es decir el surgimiento de esos artefactos cuyo uso creciente provocó perturbaciones sociales y políticas en un contexto revolucionario. En Inglaterra 1811, los luditas rompieron máquinas. En 1830, en París, los obreros tipógrafos aprovecharon la revolución de Julio para destruir las prensas al vapor de las tipografías, etc. De manera general se puede decir que, con la revolución industrial, se ve la irrupción de las máquinas que transforman las condiciones de ejercicio del trabajo y modelan la relación que las sociedades mantienen con la naturaleza. Por consiguiente habría que decir que la cuestión del rol histórico de las máquinas está ante todo ligado a las crisis sociales en el mundo del trabajo, y los obreros son los primeros en preguntar: ¿qué es esta máquina y para qué sirve? Este debate acompaña la emergencia de las grandes ideologías contemporáneas. El liberalismo, el socialismo y el republicanismo van a ofrecer tres tipos de respuestas antagonistas, excepto sobre un punto esencial.

¿Cuáles fueron?

Para los republicanos, el problema no está en las máquinas sino en las condiciones institucionales de su utilización. Si se le concede derecho al voto al pueblo, ya no habrá problemas porque todos los intereses sociales de los obreros estarán representados en el Parlamento. Los socialistas afirman que el único problema es el de la propiedad de la máquina. Si ella pertenece a comunidades cooperativas, obreras para algunos, o si la máquina es propiedad

del Estado en un modelo comunista ¡ahí sí que desaparece el problema! Por su parte los economistas liberales van a decir que sólo existe un problema del mal ajuste del mercado. Con suprimir los derechos de aduana, favorecer un libre mercado, y las máquinas proveerán el máximo de beneficios sociales. Que es exactamente lo mismo que dicen hoy los neoliberales a propósito de la IA. Estas tres ideologías estructuran pues el encuadre político hasta nuestros días.

¿Se ponen de acuerdo en algún punto?

En la idea de que las máquinas son neutras y que todo lo que cuenta es la manera cómo los hombres se las apropian. Nada de determinismo técnico en este pensamiento. De manera general, la modernidad ha tenido la tendencia a considerar que no es la máquina la que hace la historia. Pero al mismo tiempo hay una ambivalencia, puesto que se instala por la misma época la idea de una «progreso técnico» –la expresión data de 1840– y por tanto que las máquinas conducen la historia. Hasta los años 1960-1970, estos dos imaginarios han coexistido.

Y hacia 1970, ¿se refuta la idea de la neutralidad de la técnica?

Se la cuestiona pues adquieren una nueva legitimidad discursos hasta entonces minoritarios. La cuestión medioambiental va a jugar un papel considerable en la repolitización de las elecciones técnicas: el pensamiento ecológico que se vuelve político es un pensamiento que por definición habla de la máquina, puesto que es la máquina la que indirectamente produce las poluciones y organiza los flujos de materia. Pero además, la tesis de la neutralidad de las técnicas es invalidada por el empuje de la nuclear civil; a quién se le ocurriría gestionara una central nuclear ¡con una cooperativa autogestionaria! La complejidad de un tal sistema impone un Estado centralizado, organizaciones jerarquizadas, un ejército para proteger los sitios. Cuando el filósofo Langdon Winner, que, en los años 1970, consagró su tesis a la cuestión de la autonomía de las técnicas en el pensamiento político moderno, ve cómo construyen una central nuclear cerca a su casa, escribe un artículo que se conoce como «*Do artefacts have politics?*»[«¿Hacen los artefactos la política?»]. Es así como los años 1970 inauguran numerosos debates en torno a la cuestión de las máquinas.

Y estos debates cambian de tono con la informatización y la llegada de lo digital...

Sí. Hay un relance de un discurso progresista. Porque la promesa de la informatización, y luego de lo digital, era la de una tecnología inmaterial, limpia, horizontal y democrática, en las antípodas de las viejas tecnologías y de las grandes máquinas polucionantes heredadas del siglo XIX. Sin contar el mito según el cual todos los genios de las empresas se foguearon en un garaje – el discursito barato del “si te lo propones tú puedes ser un gran empresario”. Esta narrativa de la Silicon Valley en torno a lo digital como proyecto emancipador ha

servido para justificar trayectorias muy clásicas de los emprendedores a la cabeza de fortunas inconmensurables. El profesor de Stanford e historiador Fred Turner, que analizó la construcción del mito de la Silicon Valley, muestra cómo los intereses de los patronos de la «tecno» han convergido poco a poco con los de los magnates del petróleo a partir del 2000. Lejos de haberse operado un pasaje de un capitalismo fósil esclerosado a un supuesto «capitalismo cognitivo», como muchos lo esperaban, incluidas gentes de los rangos marxistas, a lo que asistimos es a una convergencia de intereses y de acciones – a una «oscilación» que se materializa en la mudanza de las sedes sociales y de los *data centers* de California hacia Texas, como lo ha hecho Elon Musk. Este desplazamiento radicaliza tendencias en germen en la ideología californiana de los años 1990, que están en el origen de una síntesis en la ideología tejana que asocia el imaginario de la «tecno» y el conservatismo social más reaccionario. El mundo digital y su rostro más avanzado que es la IA generativa muestran cada vez más claramente lo que en verdad son: la prosecución y la radicalización de las dinámicas industriales, de sus lógicas de acumulación, de la intensificación de la explotación del trabajo y de la naturaleza, a pesar de las novedades y de las supuestas rupturas.

Traducido por Luis Alfonso Paláu, Envigado, co, junio 25 de 2026